

Colombia

La vida después de las FARC

El gobierno colombiano quiere convertir a a los guerrilleros en ciudadanos pacíficos. Decenas de miles ya han depuesto las armas. Algunos de ellos, temen ahora por sus vidas.

por Alexandra Endres

Cuando Claudia Roa llegó al undécimo año de servicio en las Farc, ya contaba con 25 años de edad y sus camaradas asesinaron a su segundo bebé. Éste fue el momento en el que decidió escapar. Solo un año después pudo hacerlo.

Luego del aborto forzado, estuvo estacionada en algún lugar de la selva, en una zona que ella misma no pudo ubicar exactamente. "Nadie me ayudó", dice. "Los comandantes me habían separada de mi pareja." A él lo trasladaron a otra unidad de combate. "Dejé de comer, lloraba sin consuelo y terminé enfermándome. Lo único que quería era estar con mi hijo", recuerda. Nunca olvidará lo que sucedió. Cuando la peor parte del dolor pasó, "tuve que comportarme como si no hubiese pasado nada". De ese modo logró que recuperaran la confianza en ella. "No quería arriesgar mi vida", afirma.

A la organización de la guerrilla colombiana se unió cuando tenía 14 años, con la esperanza de poder tener un futuro mejor. "Yo quería estudiar, progresar, ser alguien en la vida," dice. Su familia era muy pobre. En vez de ir a la escuela, desde muy chica cocinaba y planchaba para otros. Tenía que ayudar a su madre. En las FARC en cambio, le prometieron que podría desarrollarse y que allí no le faltaría nada. "Yo les creí pero cuando llegué, todo fue muy diferente", dice.

Ahora, es ella misma la que habla al público y cuenta cómo la guerrilla le robó doce años de vida. Roa visitó la ciudad de Berlín recientemente, acompañada por Medardo Maturana, otro disidente, y por una portavoz del gobierno de Colombia.

Cuando se adhirió a las FARC, también Maturana creyó que allí podría crear un mundo mejor. Pero para él no sólo contaba su propio destino: Maturana quería cambiar su país: "Siempre he leído mucho y, en algún momento, descubrí la literatura marxista", afirma el hombre que hoy tiene 53 años.

Ingresó en la juventud comunista en los años ochenta en Medellín, su ciudad natal. El partido pronto reconoció su talento y lo envió a las mejores escuelas, incluso en el extranjero: Entre 1984 y 1985 recibió instrucciones en la República Democrática Alemana (RDA). "Cuando volví a Colombia tuve las mejores recomendaciones", dice. Como funcionario del partido, ascendió rápidamente.

Porque se sentía amenazado y porque "el espacio para el trabajo político se hizo más y más pequeño," Maturana 1990 ingresó a las FARC, que se autodenominaban "de orientación marxista". Tuvo a cargo la educación política de los camaradas y terminó siendo uno de los principales ideólogos de la guerrilla.

Su misión fue la de "ayudar a que la población rural se organizara y luchase por sus derechos", dice. "Solo el pueblo puede controlar su propio destino. Y para esto, tiene que estar organizado. No es nada nuevo: Ya lo dijo Lenin."

Pero los supuestos ideales de las FARC resultaron ser en la práctica una pura ilusión, dice. No sólo porque, según él, muchos analfabetos asumieron posiciones de liderazgo "y no podían consigo mismos ni con el alcohol". También llevaron a cabo acciones con el fin de infligir daños a la población civil, como ocurrió con las minas que las FARC instalaron en muchas regiones del país. "Yo no estaba de acuerdo con esto. Así sólo lograron perjudicarse a sí mismos. Fue inútil hablar - no me escucharon", afirma.

Su sueño de crear una sociedad basada en la solidaridad se desmoronó. "A través de la minería entraba gran cantidad de dinero", explica. "Y podíamos ver cómo los responsables le enviaban dinero a sus familias. Y con qué dinero mantenían también a sus amante. Pero al simple guerrillero lo ignoraban, no le llegaba nada de esto." Explica que, si algún guerrillero en función de comandante quedaba discapacitado, recibía una

generosa compensación. Sin embargo, quienes revestían rangos inferiores, caían en la misma situación desfavorable, "no les daban casi nada", dice.

También las mujeres embarazadas en la guerrilla sufrían arbitrariedades y violencia. "A la esposa de un comandante, por ejemplo, la enviaban a la ciudad. Allí podía obtener educación, recibir además una gran cantidad de dinero y buena atención médica. Las otras mujeres tenían que parir a su hijo sin ninguna ayuda, sobre un inodoro sucio y en el monte."

Pero hay muchos que no le reconocen a las FARC ni siquiera ésto. Según el gobierno colombiano, las embarazadas en la guerrilla suelen ser forzadas a abortar - como fue el caso de Claudia Roa. También Amnistía Internacional apoya esta tesis. Roa se embarazó por primera vez a los 15 años. El nacimiento de su hijo fue provocado a la fuerza, en el noveno mes. "Mi bebé nació vivo", asegura, "pude escuchar su llanto y luego, nada más. Lo asfixiaron." La segunda vez, diez años más tarde, "quise resistirme a un aborto", dice en voz baja. Pero esa decisión no estuvo nunca en sus manos: Por orden del comandante le administraron un anestésico sin su consentimiento, mezclado probablemente en una bebida. Cuando se despertó, había perdido también a su segundo bebé.

"Si yo hubiese sido la esposa de un comandante, me habrían ayudado a mantenerme - a mí y a mi hijo", dice. Pero no fue así: Ella no era más que una radista, con la función de instruir a los guerrilleros de rango más bajo.

El ex ideólogo jefe Maturana pasó 23 años en las FARC: "Tiempo perdido", dice hoy. Entregó su vida a la organización porque creía en sus ideales: "Al final trataron de matarme porque yo los critiqué". Dice no haber matado a nadie, y asegura no tener sentimientos de culpa. "Mi trabajo era puramente político". Incluso el fiscal encargado de su caso le habría señalado que en breve iría a retirar los cargos contra él.

Los casos de Claudia Roa y Medardo Maturana no son casos aislados. Cerca de 27.000 personas han abandonado la guerrilla, hasta el mes de diciembre de 2013. La mayoría de ellos provenían de las FARC, otros del grupo más pequeño, el ELN. Pero el retorno a la vida civil es difícil - y muy

peligroso. La mayoría de los guerrilleros de las FARC, como Roa y Maturana, huyen de la organización a cuenta y riesgo propio.

Desde 2002, el gobierno colombiano está llamando a los miembros de grupos armados a desmovilizarse: Distribuyendo folletos, pegando afiches, instalando carteles de colores brillantes en la selva, enviando mensajes de paz por la televisión y la radio.

En una especie de programa de primeros auxilios, cubren las necesidades básicas de los desmovilizados: les ofrecen un refugio, alimentos, ropa, atención médica y psicológica y algo de dinero. Una vez que las oficinas verifican su biografía, el ex guerrillero ingresa en el programa de reintegración. Les ofrecen así la oportunidad de estudiar o de hacer una formación técnica.

"Los apoyamos hasta que puedan mantenerse por ellos mismos", dice Carmen Iveth Aristizabal, una portavoz del Ministerio de Defensa, responsable de estas primeras medidas. Según la necesidad de cada uno, la reintegración lleva de dos a cinco años. "Es un proceso muy individual", dice. Individual y muy difícil ya que no se trata sólo de la independencia económica: Los ex guerrilleros tienen que encontrar su camino en la vida civil - lo que también significa abandonar la violencia.

Pero no siempre logran reintegrarse: Después de un tiempo, muchos de los ex combatientes recaen en viejos patrones de comportamiento criminal. "Estas personas sufren un estigma social y están traumatizadas. Además, conservan aún la educación para la violencia que recibieron", dice Christian Voelkel, analista del International Crisis Group en Bogotá. Esta tendencia hace de la reintegración un proceso "muy complejo y largo que también puede fallar", explica.

A esto hay que añadir también la violencia que siguen ejerciendo sus ex camaradas: "Para los guerrilleros aún activos, ellos son simples traidores", dice Voelkel. "Las FARC disparan contra cada desertor, sin pensarlo dos veces."

El proceso de paz se avista así como muy dificultoso. Si bien el gobierno de Colombia se encuentra negociando con las FARC un Tratado de Paz en Cuba, y ya han acordado algunos puntos importantes, como por ejemplo, sobre la necesidad de una reforma agraria, el ex presidente conservador Álvaro Uribe, todavía muy influyente, hace campaña en contra de las negociaciones. Aunque la mayoría de los colombianos apoyan las conversaciones de paz, esta paz requiere de hacer concesiones a la guerrilla. Será difícil encontrar el equilibrio adecuado para lograr la reconciliación de la sociedad.

Maturana cree en el éxito de estas conversaciones: "La guerrilla se fue debilitando militarmente, sus dirigentes envejecieron", dice. "Ellos saben que ya no pueden obtener el poder por las armas. Ahora están buscando una salida política elegante, que les permita al menos salvar el honor."

Por su parte, él sueña con una beca en una universidad del extranjero. "Para mí es peligroso quedarme", resalta. Era demasiado conocido en Medellín, su ciudad natal, y también en otras ciudades colombianas. Claudia Roa también espera poder hacer una buena reintegración a la vida civil. Por ahora quiere terminar la escuela. "Estoy aprendiendo y creo que lo voy a lograr", dice.

Muchos otros deberán pasar todavía por experiencias traumáticas similares. Las FARC recluta hoy en sus filas a muchos jóvenes - más que antes, según expertos. "Son extremadamente activos en el reclutamiento forzado de niños", dice Voelkel, experto en crisis. También las hostilidades militares continúan firmes y están aún lejos de terminar. A pesar de las negociaciones de paz.

Artículo publicado el 16.01.2014 en ZEIT ONLINE (<http://bit.ly/1jgTFMn>). Agradezco la traducción al castellano por Claudia Palozzo.